

La elección de la Santa Muerte como símbolo religioso

Tristán Sánchez Martínez*

En una cultura en donde desde épocas medievales se ha fomentado el miedo a lo desconocido como pauta dominante, surge una reacción muy renacentista: hacia lo desconocido, lo natural es sentir curiosidad, deseo de explorar, deseo de saber, necesidad de conocer. Si el límite de la vida es la muerte, es natural querer conocerla, tener la necesidad de saber qué es, y si hay algo “más allá”. Personalizar esa búsqueda, hacerla parte de la vida cotidiana, es uno de los logros especiales que se han dado en nuestra época, en nuestro país.

La importancia del trabajo de campo, su valor como fuente directa de conocimiento en casos tan novedosos como el que nos ocupa, ha quedado de manifiesto en las exposiciones que han hecho la maestra Claudia Reyes, el maestro Edgar Gamboa y el doctor Fabrizio Lorusso, al poder preguntar directamente a las personas participantes: “¿por qué va con la Santa Muerte?”, pudiendo también observar sus conductas, oraciones, rituales, ofrendas, altares, intercambios, etc., permitiéndonos empezar a comprender la relevancia de este culto en su vida.

La mayor parte de las respuestas obtenidas están relacionadas con la

obtención de ayuda: van para que “les haga el paro”, o a “agradecerle que ya se los hizo”, y quizá a pedirle “otro paro más”.

Planteamiento del problema

Si el instinto básico en todo ser vivo es sobrevivir —o sea, evitar la muerte—, entonces:

- ¿Por qué tomar a La Muerte como símbolo de algo muy importante dentro de nuestras vidas?
- ¿Qué necesidades está llamado a satisfacer este símbolo?
- ¿Qué funciones se le asignan?
- ¿Qué capacidades se le atribuyen a una entidad de este tipo?
- ¿Qué motivaciones tiene este tipo de conducta?

Transformación del concepto

La “Santa Muerte como símbolo” se diferencia de “La Muerte como fenómeno” cuando:

- Se deja de lado el aspecto fáctico y fatalista al dársele un carácter espiritual;
- Es sacralizada en su denominación, tomando el nombre de “Santa”, y
- Es personalizada de manera animista.

Por la fuerza y poder que se le atribuye, no se le considera un espíritu menor o una especie de santo o ángel, sino un Gran Espíritu, y para algunos se convierte en una deidad, tal como ha ocurrido tantas veces a lo largo de la Historia.

* Psicólogo Social, UAM-Iztapalapa.

La forma de pensar animista –subyacente en el conjunto de la humanidad, y en particular en el pueblo mexicano– se manifiesta al atribuirle una personalidad, una identidad específica a objetos, fenómenos y situaciones de la más diversa índole. Esta tendencia ha sido muy criticada e incluso caracterizada como “infantil”, “primitiva” y como un “atavismo” por pensadores modernos, pero es base de apegos culturales fomentados actualmente no sólo en formas y manifestaciones religiosas, sino aun políticas (la Patria, la bandera), deportivas (el equipo fulano), artísticas (la Mona Lisa), el modo de tratar objetos personales (la casa, el coche), etcétera.

Historia

Podemos apreciar la universalidad del fenómeno cultural que nos ocupa al observar que en todas las épocas –tanto en múltiples culturas politeístas como en algunas mono-teístas– se ha personalizado a la Muerte siempre como una entidad relevante y poderosa, llegando incluso, en algunos casos, a ser todo un grupo de deidades, quienes junto con sus auxiliares se ocupan de este proceso.

Son conocidos los siguientes casos:

- Mictlantecuhtli y Mictlancíhuatl (o Mictecacíhuatl), respectivamente “el señor y la señora del Mictlán”, mundo de los muertos de los Aztecas, aunque había otros recintos para los espíritus, dependiendo del tipo de muerte con el que partió (como el Tlallocan Tamoanchan, residencia del dios Tláloc, para los que habían muerto por agua o rayo);
- Ah Kimi, dios muerte, y el Xibalbá, mundo maya de los muertos;
- Nergal y Ereshkigal, dios y diosa del inframundo de los babilonios;
- Hades, dios griego de la muerte y del mundo de los muertos, lugar llamado también “Hades”, y uno aún más profundo llamado “Tártaro”;
- Plutón, dios romano de la muerte y el mundo de los muertos, siendo su esposa Proserpina;
- Hela o Hel, diosa vikinga de los muertos del Niflheim, “reino de la niebla”, con su hogar conocido también como “Hel” (de donde viene la denominación inglesa Hell, “infierno”), al que iban los muertos, excepto aquellos que se ganaban con su valor un lugar junto a Odín, en Asgard;
- Erio, dios de la muerte para los vascos;
- Oyá, diosa (orishá) de la muerte, de los yorubas del Congo (y de los santeros actuales);
- Un caso especial lo constituyen los dioses egipcios asociados con la muerte, grupo encabezado por Osiris, señor del mundo de los muertos, que preside el juicio de los espíritus al morir, ayudado por su pareja Isis (diosa protectora), Maat (diosa de la justicia), Thot (el escriba de los dioses que llevaba el registro de los eventos protagonizados por el espíritu durante su vida), siendo cada muerto guiado durante este proceso por el dios Anubis (dios del embalsamamiento y guía de los espíritus).
- La Muerte fue representada en Europa en múltiples formas, tanto cultas como populares, sacras y profanas, a partir de finales de la Edad Media y sobre todo antes y durante el Renacimiento, y de la que se deriva la mayoría de la iconografía actual asociada con ella (se le relacionaba con las epidemias de peste avanzando con su guadaña cosechando espíritus, la danza de los muertos o “danza macabra”, etcétera).

Funciones del símbolo (atributos)

Cambio de vida

Como símbolo del fin de la vida, si se quiere terminar la forma de vida que se lleva, que acabe el modo de vida actual o aspectos específicos de él, entonces qué mejor que estar auspicado por quien es más poderosa que la vida misma en su conjunto.

Esta visión implica un deseo de transformación, pues se asume que si una vida acaba, otra debe empezar; y ésta puede ser, debe ser, esa que tanto se anhela.

Protección

Es un símbolo amenazador. Entonces, “si soy su amigo, Ella me protege”.

Al representar esa fuerza capaz de terminar con la vida, si alguien ataca o daña a uno de sus protegidos, se arriesga seriamente a ser castigado por tan fuerte entidad. Y en la práctica, es uno de los pocos símbolos capaces de detener –o por lo menos hacer dudar– a gente enfurecida y a criminales antes de atacar a un portador de esta imagen.

Certidumbre

Las religiones y teologías deístas no han podido demostrar la existencia de Dios, pero todos hemos sido testigos de la existencia de la Muerte. Al haber presenciado el deceso de

diversos seres—incluyendo personas, animales, instituciones, etcétera—, empíricamente se valida la existencia de este fenómeno y de su acción en el mundo real, facilitándose así la creencia en una entidad asociada. Se le hacen rituales propiciatorios con un nivel superior de certeza.

Cuando una fe se considera respaldada por la experiencia, aumenta su fuerza emocional más allá de cualquier lineamiento intelectual.

Fuerza

En el pensamiento mágico, la Muerte es más fuerte que la Vida, pues esta última siempre es vencida. Y si es más fuerte que la vida en su conjunto, lo es con mayor razón sobre partes específicas de ella. Por tanto, la Muerte como ser espiritual se convierte en un candidato idóneo para propiciar el cambio de aspectos específicos de nuestra vida, incluso de los más generales.

En ciertas religiones se cree en el concepto de “resurrección” como una capacidad que, al ser atribuida a una deidad o grupo de seres de relevancia espiritual, los hace más fuertes que la muerte, pudiendo incluso “vencerla”. Al igual que la existencia de Dios, esta capacidad tampoco ha podido ser demostrada, convirtiéndose en un mero artículo de fe, en un dogma propio del culto que la postula.

Trascendencia

Existe una gran incertidumbre acerca de qué hay después del momento de la muerte; si existe algo y cómo puede ser. Las respuestas religiosas tradicionales ya no son satisfactorias para la mayoría de las personas, así que estar bien con la Muerte es la mejor manera de tener una seguridad y una guía para cuando llegue el momento de morir, sin importar lo que pueda ocurrir “más allá”.

Una de las ideas que más chocan con el sentido común es la de una recompensa o castigo eternos a un periodo limitado de vida, o a lo que se hizo en situaciones muy particulares (el concepto de “pecado mortal”), como se postula en religiones del tronco monoteísta. Así que es natural que mucha gente busque posibilidades alternativas, y más aún cuando se trata de la entidad a la que se atribuye el control sobre el proceso que sirve de paso para esa etapa, y sobre lo que pueda haber allá, independientemente de las cosas que haya hecho durante su vida.

Además, para personas cuya vida no ha transcurrido en condiciones positivas de existencia, muchas veces ni siquiera

mínimamente decorosas, se incrementa la necesidad de algo que les dé la esperanza, la posibilidad de un mejor futuro, en esa posible nueva forma de existencia.

Antepasados

El culto a los ancestros es una constante en la historia humana, casi un arquetipo. Así que si Ella se los llevó, entonces deben estar con Ella, y los cuida. Entonces estar bien con Ella es bueno para los antepasados. Incluso existiría la posibilidad de que ayudara a contactarlos, otro deseo constante de la humanidad.

Límite máximo

Se conceptualiza también a la muerte como experiencia límite: “morir de gusto”, “morir de risa”, “morir de placer”. Así, se plantea que la medida última, lo máximo que se puede lograr sin que haya nada más, es la Muerte, y tal concepto es una de las metáforas de grado máximo en el lenguaje, aún en el que se usa cotidianamente, e implica una atribución de un altísimo poder a su representación y a su uso ritual.

Conclusión

En una cultura en donde desde épocas medievales se ha fomentado el miedo a lo desconocido como pauta dominante, surge una reacción muy renacentista: hacia lo desconocido, lo natural es sentir curiosidad, deseo de explorar, deseo de saber, necesidad de conocer. Podemos conceptualizar a la curiosidad como un instinto cognitivo muy propio de las especies con mayores grados de evolución, y es uno de los atributos básicos de nuestra propia especie.

Si el límite de la vida es la muerte, es natural querer conocerla, tener la necesidad de saber qué es, y si hay algo “más allá”. Esta es una de las cuestiones existenciales más persistentes a lo largo de la Historia, en la religión, en la filosofía, y actualmente en la ciencia. Personalizar esa búsqueda, hacerla parte de la vida cotidiana, es uno de los logros especiales que se han dado en nuestra época, en nuestro país.

La Santa Muerte es una oportunidad única de estudiar “en vivo” este tipo de fenómenos. Es una verdadera suerte para las comunidades académicas e intelectuales de nuestro tiempo.

Novedad

Antropología física.
Diversidad biosocial contemporánea

Florencia Peña Saint Martín
Anabella Barragán Solís (Coordinadoras)

Antropología física. Diversidad biosocial contemporánea



Florencia Peña Saint Martín
Anabella Barragán Solís
(Coordinadoras)



Eón
sociales